

Presentación

Cerramos el 2014 con el número 27 de *Contribuciones desde Coatepec*; año social y políticamente complejo. La reflexión humanística no ha permanecido ajena al hecho de dar cuenta, desde muy diversos temas y preocupaciones, de las problemáticas del mundo actual sean existenciales, culturales, filosóficas, literarias o históricas. Siguiendo una de las líneas centrales del artículo con el que abre el presente número –“Verdad y felicidad epicúreas”, de Juana Orozco Mangú–, un ejercicio de pensamiento que no se plasme como *forma de vida*, (es decir, en una perspectiva ética que permita establecer cierta coherencia entre el decir y el hacer, entre el pensar y el actuar) no solo puede considerarse falso, sino fundamentalmente inútil, pues, a través de él, no se sustenta la construcción de la persona, mucho menos el basamento de la ciudad. A través de la filosofía de Epicuro, la autora expone un tema muy olvidado en el mundo actual, pero que, sin duda, es fuente de las principales incoherencias y de los conflictos que nos asechan: la necesidad de señalar la teoría a la vida y, en sentido contrario, hacer de la vida imagen y fuente de toda filosofía.

Quizá es la literatura la forma de pensamiento y creación que mejor ha dado cuenta de esta necesaria imbricación entre letra y vida. En este talante, lejos de renunciar a las contradicciones y paradojas de la existencia, el texto literario asume la necesaria implicación de los opuestos, el necesario solapamiento entre pensamiento y sentimiento, entre conocimiento y sensibilidad. De ahí que la figura femenina se muestre frecuentemente como esa vía, en donde para conocer y actuar no es necesario renunciar a las emociones y a las pasiones. Esta es al menos la tesis del artículo “El eros femenino en *Los nombres del aire* de Alberto Ruy Sánchez”, de Itzia Janik Macías Barreto, a través del cual la autora nos muestra personajes femeninos que expresan otra forma de habitar el mundo –una voluptuosa y amorosa–, otra forma de amor y erotismo; ellas hacen patente que, más allá de las teorías y de los conceptos, el cuerpo, la sensibilidad y el amor constituyen otras formas de conocimiento y de subjetivación.

El lazo de continuidad entre vida y texto vuelve en el artículo de Edith González Estrada, titulado “Configuración de los ciclos femenino-masculino, diurno-nocturno y vida-memoria en *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes”. Para la autora, en el

personaje central de la novela se traslapan y proyectan no solo los tiempos y ritmos de su vida personal, sino los de la tierra, de los meses del año, de la historia de México, de los puntos cardinales, del día y la noche, de lo femenino y lo masculino; de esta manera, Artemio Cruz se convierte en la signatura de un orden cósmico e histórico que lo enmarca y lo trasciende.

Los dos artículos anteriores exponen a la figura femenina como una entidad ambigua —muy característica de las culturas latinoamericanas, pero no exclusiva de ellas—, figura que es a la vez idealizada —madre, matriz, fuente de vida—, así como denigrada —débil, dominada por sus sensaciones y sentidos, por sus pasiones—.

La homosexualidad no corre mejor suerte, pero su ambigüedad es menos pronunciada porque los elementos denigrantes cobran mayor peso. En “Poder, molaridad y líneas de fuga en el cuento de Roberto Bolaño ‘El Ojo Silva’”, Carlos Cruz García explora las peripecias del Ojo Silva, fotógrafo homosexual de origen chileno, que radica en México por un tiempo y que tratará, a toda costa, escapar de la violencia que siempre lo ha rodeado. Utilizando las herramientas del esquizoanálisis, el autor muestra la manera en cómo todo ser *anómalo* es, a la vez, aquello que atiza los demonios más coléricos del conservadurismo y la ignorancia, así como aquello que puede dar lugar a una verdadera “línea de fuga” a otras posibilidades de existencia y libertad.

La dificultad por reconocer las diferencias y las especificidades —sean de género, culturales o históricas— está detrás del artículo de Víctor Gabriel Avilés Romero, que lleva por título “La cultura latinoamericana y la Semana Santa en Ayacucho, Perú”. Aunque el texto se refiere concretamente a las formas particulares en cómo se expresa la religiosidad en esta ciudad peruana, es también un llamado a reconocer las diferencias que construyen las identidades de los pueblos latinoamericanos, que no pueden ser vistas como una simple traducción de las formas de religiosidad europeas, sino como auténtica reelaboración de un catolicismo cruzado por costumbres y cosmovisiones autóctonas que emergen de un trasfondo social único y complejo.

Cada vez que se intenta reparar en las especificidades culturales, o de cualquier otro tipo, inmersas en una sociedad, lo que salta a la vista no solamente son particularidades, sino también pluralidades; es decir, no hay diferenciación sin que esta no exprese, al mismo tiempo, un mundo variopinto de expresiones y formas de apropiación que hablan, precisamente, de la complejidad de todo grupo social. En “Una mirada al capital cultural de los estudiantes de la Universidad Autónoma del Estado de México”, los autores nos ponen al tanto de los hábitos de consumo cultural de dicha población, de su acercamiento a la oferta cultural de esta institución, así como su respuesta a las políticas de la misma.

Los resultados muestran una población estudiantil diversa, cuyos hábitos culturales están en directa correspondencia con su capital cultural, su nivel socioeconómico, su ambiente familiar, su nivel escolar, entre otros factores.

Cerramos este número con la reseña que Diana Geraldo realiza del libro de Cecilia Colón: *“Dos siglos, una novela: Monja y casada, virgen y mártir”*. En esta reseña, Geraldo nos introduce en los vericuetos del análisis que la autora realiza de la novela que Vicente Riva Palacio escribió en 1868. Incluida en el género novela de aventuras, en esta obra lo capital está en las peripecias del protagonista y no en el desenlace: son las acciones las que dan cuerpo a la novela y no el final de la misma.